

### Sobre relatos, campañas y desiertos \*

El miércoles pasado, el titular del Ministerio de Educación y Deportes de la Nación, Esteban Bullrich participó de la inauguración del hospital escuela de Veterinaria, perteneciente a la Universidad Nacional de Río Negro. En su discurso, que sin dudas pretendió ser fundacional, afirmó “Hace muy poquito cumplimos 200 años de independencia, y no puede haber independencia sin educación”.

Su discurso continuó interpretando esa inauguración como “la nueva campaña del desierto, pero no con la espada, sino con la educación”. Finalmente, para no ensombrecer la figura de Alberdi (quien afirmaba de manera nada ingenua “gobernar es poblar”) aclaró (no mucho) “No estamos poblando este desierto, ustedes hacen que esto no esté desierto y eso es lo más lindo (...) que le demos vida al desierto”.

Tal derrame de sentidos (el sin sentido, va incluido) fue descripta por los medios pintorescamente “...dejo mudos a los numerosos presentes” (Clarín). “...generó mucho malestar entre los presentes” (Río Negro), “Bullrich, polémico: comparó inauguración de escuela patagónica con una “nueva campaña del desierto” tituló Ambito Financiero mientras que para La Nación, en ocasiones tan aséptica, la frase del ministro constituyó una “llamativa comparación”.

No es nueva la utilización de la metáfora del desierto ni son nuevas las denuncias de su utilización en favor de determinados intereses.

La invisibilización de las poblaciones fue una práctica sistemática por parte del Estado nacional y de los actores sociales, económicos y políticos que resultaron favorecidos por la enajenación de sus territorios. La eficacia de tal construcción discursiva que niega la existencia de la población indígena o la reduce a un estadio pretérito fue muy grande. Resulta sorprendente escuchar aún hoy que “en la Argentina no hay indios”, o “los argentinos venimos de los barcos”, frases que muestran hasta qué punto dicha narrativa ha permeado en la sociedad.

Los habitantes “del desierto” (que es un claro oxímoron) no tenían cabida en el diseño de la nacionalidad que se forjaba en las últimas décadas del siglo XIX.

Sarmiento señalaba que el mal que aquejaba a la Argentina era “el desierto”. El mismo, en principio, constituía –supuestamente- un obstáculo para el progreso del país. El desafío consistía en saber “aprovechar sus recursos antes que inmovilizarse y convivir con la barbarie”. Aunque

resulte obvio, está claro que “el desierto” no constituye el obstáculo que si constituyen sus primigenios habitantes eufemísticamente denominados “la barbarie”.

El desierto es una metáfora geográfica/espacial pero también es una metáfora demográfica, o (mejor dicho) demográfica-sociocultural. Indica un espacio deshabitado, por tanto es una contradicción en sus términos hablar de “conquista”. Un desierto se “ocupa” no se conquista.

La representación del desierto excede el simplismo de “una ausencia de población” sino que conlleva la desvalorización de las diversas formas sociales existentes. Implica que los habitantes del desierto (los pueblos originarios) se ubican en un estadio que es representado como el “opuesto” al de la civilización, como es el de la barbarie. Pero la noción de desierto fue más allá aún. El hecho de afirmar la civilización necesitaba de su otro “opuesto”, la barbarie, plasmada en la imagen construida (y reiterada por los discursos de la época) en relación a los pueblos indígenas y también en su ámbito natural: el desierto.

La conformación de una “nación europea” constituía una idea fuerza del proyecto que implementó el diseño del Estado-nación a fines de siglo XIX. La corporación militar ejecutó las acciones necesarias para llevarlo a cabo. Dicho proyecto tomaba como modelos los lineamientos de la Europa ilustrada y los desarrollos políticos y económicos de Estados Unidos. El nuevo escenario implicaba una estatalidad que disciplinaba a los sectores populares y propiciaba un modelo inmigratorio definido por elites intelectuales que fungían como referencia para la clase dirigente. Para algunos sectores los pueblos originarios constituían un obstáculo a ser salvado para la construcción de un Estado liberal.

Hoy a casi 140 años de la “Campaña del Desierto”, la que no se hizo con educación sino con los Remington de la corporación militar puesta al servicio del proyecto político y económico de la oligarquía terrateniente, nuestro ministro de Educación y Deportes no duda en recurrir a la poco feliz metáfora del desierto patagónico.

No deja de ser sumamente paradójica esta exaltación por parte de un alto funcionario de un área estatal -como es el ministerio de Educación y Deportes- que en los últimos años han trabajado asiduamente desde sus diferentes dependencias en variados proyectos de educación popular, educación intercultural y en el trabajo mancomunado con diferentes grupos sociales (indígenas, pero también afrodescendientes, sectores populares, etc.) largamente negados y estigmatizados por la historiografía tradicional.

Apellidos como Braun, Martínez de Hoz y el propio del ministro, tienen mucho que ver con la historia y con los recorridos de los últimos años que se pretende obliterar. Su compromiso y el del

gobierno que representa grupos concentrados de la economía latifundista, junto con los representantes de las corporaciones que propician un modelo extractivista y agro-exportador tiene mucho en común con el implementado por sus antepasados.

\*Alejandro Balazote es profesor-investigador Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de Luján y

\*Sebastián Valverde es profesor-investigador del CONICET- Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de Luján.

\*Marcelo Impemba, profesor e investigador de la Universidad Nacional del Comahue.

\*Gabriel Stecher, profesor e investigador de la Universidad Nacional del Comahue.

\*Juan Engelman, becario CONICET. Universidad de Buenos Aires y Universidad Nacional de Luján.

\*Sasha Cherñavky, profesor de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires